

## EL ALTÍSIMO POETA CRISTIANO

(En la velada en honor de Dante)

Señoras, señores:

Suele en ocasiones una estrella en medio de la noche destacarse en la inmensidad del cielo con mayor brillo que las otras y atraer de preferencia nuestras miradas, mientras la vívida luz va iluminando con tranquilo destello las altas cimas y dejando caer hasta el fondo de los valles la caricia de su lumbré. Así también en el cielo del arte una figura a veces cobra a nuestros ojos mayor realce que las otras, aparece ante la vista con renovado fulgor, y su memoria viene como a despertar en el corazón del hombre los ecos dormidos de la admiración y la alabanza. En uno de esos momentos escogidos nos hallamos, y es un poeta inmortal la estrella que desde excelsa altura de su gloria hace llegar hasta nosotros el sereno efluvio de sus rayos. Seis centurias se cumplen hoy desde la muerte del divino Dante y por eso en todas las naciones cultas se evoca el recuerdo del poeta y se le tributan fervorosos homenajes. No se opone a ello la indecible agitación de la época presente en que las inquietudes de toda especie apretadamente cercan el espíritu del hombre e infinito número de problemas angustiosos le urgen y le apremian; antes al contrario, cuanto más recia y empeñada es la lucha y mayor pesadumbre agobia nuestras fuerzas, tanto más reparador y suave es el descanso que, cual gota de generoso bálsamo, alivia el ánimo si, suspendida un instante la sudorosa brega, vuelve la mirada hacia la altura donde están escritos los nombres de los mayores genios con que la humanidad se enorgullece, para cobrar aliento con el recuerdo de su fama y de sus obras.

Nadie se maraville, por tanto, de que en este apartado lugar de la tierra—apartado por las lejanías del

espacio pero muy cercano por el pensamiento y por el noble amor de los ideales a los centros donde florece la mayor cultura—nos hayamos complacido en abrir también de par en par las puertas del hogar colombiano a la memoria del insigne poeta florentino, acogiéndola cariñosamente, cual huésped amable que en esta noche queremos regalar y agasajar. No paramos mientes en que sea hijo de otra nación y fruto de otra edad muy distinta y remota de la actual; pues su nombre pertenece a la humanidad entera; su gloria a la religión y a la raza, y su obra dejó rastro de luz y huella perdurable en la civilización del mundo. Mal podría por tanto esta cultísima y espiritual ciudad, que por algo fue comparada con Atenas, encogerse de hombros desdenosa ante una de las figuras de mayor relieve en la historia literaria e intelectual del mundo, cual es la de Dante, y dejar pasar inadvertido su nombre en momentos en que todas las naciones civilizadas lo evocan con entusiasmo para enaltecerlo y honrarlo.

De otro lado, hay una voz de suma autoridad que desde su alta sede puesta sobre las colinas de Roma, ha expresado solemnemente el anhelo de que Dante sea honorificado en todas partes durante estas festividades centenarias: es Benedicto XV, que en su hermosa encíclica dirigida a la juventud de las naciones católicas, la invita y estimula a rendir loores y coronas a aquel a quien apellida «fulgentísimo esplendor de los poetas»; en lo cual el ilustre Pontífice va siguiendo la huella de egregios antecesores suyos que igualmente proclamaron con justísima alabanza el nombre de Alighieri, como cumple a quienes fueron siempre los Mecenas de las letras y las artes.

Aparte de estos móviles, que por sí solos son bastantes a explicar la razón de los presentes homenajes, está también la comunidad de raza. Hoy cuando este

fortísimo vínculo, que arraiga en la naturaleza misma y en la sangre, tiende a estrecharse más y más en todas las naciones de la tierra; cuando tal sentimiento acaba de producir tremendas conmociones y ha hecho desligarse unos de otros muchos pueblos para formar nuevas unidades afines entre sí y hacer surgir otros estados a la vida independiente; hoy cuando las nacionalidades latinas han querido consagrar un día especial a conmemorar las glorias, alentar las esperanzas y estrechar la unión de la gran familia que forman, pobladora de vastos continentes, parece caerse de su peso que los pueblos por tan noble y perdurable vínculo ligados recuerden y exalten a porfía, con ardoroso entusiasmo, los claros nombres y famosos hechos de los ingenios que en todo tiempo fueron timbre de honor y orgullo de la raza.

De esos fue Dante. Su nombre es inmortal porque jamás perece el recuerdo de los que han legado a la humanidad obras maestras. Ante las magnas creaciones del pensamiento y del esfuerzo humanos y ante los genios que las produjeron no es posible pasar con mirada desentendida o esquiva. Esas obras y esos hombres podrán tal vez engendrar sentimientos encontrados: o harán brotar la admiración o el odio; o estallar el entusiasmo o encenderse la disputa: lo que sí no cabe a su vista es la helada indiferencia o la mudez del olvido.

Dante es el poeta máximo de los ideales cristianos, y nunca éstos tuvieron un cantor más sublime. Así como la filosofía cristiana tuvo en Santo Tomás de Aquino el sumo intérprete, así en el poeta de Florencia tuvo el más excelso de sus bardos; y fue tal la alteza de su canto, que mereció llamarse divino. El límpido torrente de su inspiración corre a raudales por las estrofas del poema sacro y va iluminando con fulgores de arte, de verdad y de belleza aun los más recónditos

problemas que en esa edad de especulaciones filosóficas agitaban el espíritu de la sociedad, y que hoy no menos que entonces interesan también a la razón humana, porque íntimamente se conexas con los destinos futuros del hombre. Leyendo esos cantos llenos de majestad y de hermosura se siente uno poderosamente fascinado, no sé si por la verdad que se transparenta a través de los celajes de la belleza, o por la belleza que circunda con sus resplandores la verdad. Al seguir al poeta en su portentosa inspiración, que unas veces asciende hacia la altura y otras penetra en el seno del abismo o escudriña los secretos de la conciencia humana, cree uno hallarse en un palacio de grandiosas proporciones, con columnas de soberana elegancia y cúpulas gallardas que se empinan hacia el cielo, con fundamentos profundos que se hundan en las entrañas de la tierra.

Mas no se piense que la *Divina Comedia* es obra sólo de la potente inventiva del poeta: es también fruto de ciencia vastísima y profunda, por adquirir la cual estuvo a punto de cegar y hubo de padecer hambre y frío, escaseces y vigilijs. Las famosas universidades de Bolonia y de París le vieron atesorar con febril ansia conocimientos en todos los ramos del saber que a la sazón se hallaban al alcance de los hombres. Bien sabía Dante que la posesión del genio no dispensa de las fatigas del estudio, pues, como él mismo dice, sin las alas del arte y de la ciencia no puede el pensamiento imitar al águila que vuela por el alto cielo. Por eso al lado de la fe, que es la musa inspiradora del insigne bardo, campean también en el vasto plan de su obra elevadas enseñanzas de historia, de política, de astronomía y de otras manifestaciones del humano linaje, todo ello enaltecido y vivificado por las más exquisitas formas del arte. Así se explica que antes de descubrirse la im-

prenta ningún libro—aparte la Biblia—tuviese más grande número de pacientes copistas; y que, descubierta aquélla, ninguno se imprimiese mayor número de veces.

En la *Divina Comedia* hallaron fecundo nianantial de inspiración los mayores artistas, como Rafael y Miguel Angel en siglos ya lejanos. En tiempos más modernos Gustavo Doré y otros de igual renombre se han gozado en exornar con ilustraciones magníficas las páginas del poema; y en ellas también descubrieron rica vena Donnizzetti, Verdi, Perosi y otros preclaros maestros, para algunas de sus más elevadas sinfonías.

Correspondió a Dante la insigne gloria de dar definitiva forma y sello de clásica majestad y de realeza a la hermosísima lengua italiana y enriquecerla con sus más espléndidos arreos. Así como bajo la pluma incomparable de Cervantes el castellano llegó a no igualada perfección por su opulencia y galanura, así también en los panales del poema dantesco acendró su miel la dulce y armoniosa lengua que se habla en el país del arte: tan armoniosa y dulce, que cuando la música, además de su divino lenguaje, quiso que sus celestes vibraciones resonaran también en la palabra humana, eligió, con preferencia a todas, la melodiosa habla en que Dante modelo sus áureos versos.

Se entremezclan y alternan en la *Divina Comedia* las más puras y elevadas formas del arte poético: la épica en toda la contextura de la obra; la dramática en episodios mil, llenos de viveza y colorido, que aquí y allá recaman la preciosa urdimbre del poema; la lírica en numerosos y bellos rasgos, donde abundan la delicadeza y la ternura, como aquel en que con grácil pincel describe el despuntar de una aurora de mayo, toda impregnada con el fresco aroma de la hierba y el dulce olor de las flores del campo; o aquel otro en que exhala los sentimientos del navegante cuando el lento-

caer de la tarde y el morir del día le despiertan en el corazón las amadas memorias del hogar lejano e infunden en su ánimo pensamientos melancólicos y religiosas emociones.

Pero donde más es de admirar el altísimo poeta es cuando llevado su estro por el vuelo de sublime inspiración escudriña los misterios de la vida extraterrena y su genio como un astro se lanza a través de las esferas, y de sorpresa en sorpresa y de maravilla en maravilla va llevando nuestro pensamiento suspendido en místico arrebató, por los cielos y la tierra y los abismos. Desde la selva oscura que pálidamente alumbró un rayo incierto de la luna nos hace asomar al seno del averno tenebroso, poner oído al tormento de las almas de los que toda esperanza perdieron; con estremecimiento de horror presenciar escenas de inaudito espanto, y escuchar despavoridos el fragor con que rugen bajo las cóncavas cavernas, terríficas tempestades de ira, de odio y desesperadas maldiciones. Indecible alivio y bienhechor contraste experimenta el ánimo al apartarse de allí y dejarse luego conducir, siempre bajo las luces multiformes que despide el genio del poeta, al lugar de la superna beatitud, donde moran alados querubines y espíritus fulgurantes de luz y donde imperan el reposo y la felicidad que no conocen límite ni término. Surge allí a los ojos estáticos del bardo la figura ideal y amable de Beatriz, a cuya vista encendido el corazón de aquél en amor férvido y puro, hace vibrar la estrofa con acentos de apasionado rendimiento, mirando en su amada, más que mujer, un ángel del empíreo. Aquí el numen del poeta se expande todavía más a los grandiosos sentimientos, su estilo se agiganta, su lenguaje se magnifica, y unas veces es suavísimo cantar que toca con dulzura lo íntimo del alma, otras es la entonación grave y majestuosa de un salmo de David, otras resuena con ecos misteriosos y proféticos, como una visión del Apocalipsis. Así vestido con el espléndido ropaje de la más subida poesía, el genio del

cantor se remonta, como en un raptó del espíritu, hasta posarse sobre las más excelsas cumbres del pensamiento y del arte; presenta embellecidas e iluminadas por su mente clara y diáfana las tres altísimas manifestaciones—filosofía, religión y arte—que en armoniosa trinidad constituyen la esencia de su canto, y como artífice maravilloso, dotado de sobrehumana inspiración, con la cadena de oro de sus tercetos inmortales traza un camino de luz entre la razón humana y Dios!

EMILIO FERRERO  
De la Academia Colombiana.

## DANTE EN LA ACADEMIA COLOMBIANA

Inscripción de la lápida conmemorativa por el presbítero  
doctor don José Vicente Castro Silva

HONORI

DANTIS ALIGHIERII

HVMANÆ. AC. COELESTIS. SAPIENTIÆ. CONSVLTI  
QUI. COMMVNI. ORBIS. TERRARVM  
PRÆCONIO. CELEBRATVR  
ANNO. POST. EIVS. MORTEM. SEXCENTESIMO  
OB. POEMA. QVO. EXTVLIT  
DIVINAM. POTESTATEM. SVMAM. SAPIENTIAM  
PRIMVM. AMOREM  
DEVVM. OPTIMVM. MAXIMVM  
ET. IN. CVRSV. TEMPORVM. ET. IN. ÆTERNITATE  
MVNDVM. GVBERNANTEM.  
CIVES. COLVMBIANI. COLLATIS. CONSILII  
HANC. MEMORIAM  
D. XIV. SEPT. AN. R. S. MCMXXI  
CONSTITVERVNT